

rima rica, como sus predecesores, el vigor y la virtud de los pensamientos ¹.

¹ Las postrimerías del romanticismo señalan una época de florecimiento para la poesía didáctica, y en especial para la fábula. El insigne Hartzenbusch naturalizó en castellano muchas de distintos autores alemanes, y las publicó reunidas con otras originales suyas en 1848, logrando las más selectas asombroso número de ediciones. Cuatro años después salió á luz una colección de fábulas políticas y morales por el magistrado D. Pascual Fernández Baeza. Valen mucho más las de D. Miguel Agustín Príncipe, osado é infeliz merodeador de todos los géneros literarios, pero que en éste nos dejó muestras no indignas de Iriarte y Samaniego, ni aun del mismo Lafontaine. Hay que añadir á las tres enumeradas las obras similares de Campoamor, de Carlos Pravia y Antonio de Trueba, del Barón de Andilla, de D. José M. Gutiérrez de Alba, etc.



CAPÍTULO III

LA POESÍA TRADICIONAL ANDALUZA EN SU ÚLTIMO PERÍODO

Escuela sevillana: Apezchea, Rodríguez Zapata, Bueno, Amador de los Ríos, Fernández y González, Reina, Fernández Espino, Cañete, los hermanos Herrero y Espinosa, los esposos Lamarque, Campillo, Justiniano, De Gabriel, Herrera y Robles, Mercedes de Velilla.—Poetas independientes: López García, Alarcón, Grilo, Alcalde y Valladares, Ginard, Sánchez Arjona, García Caballero, Concepción Estevarena, Peñaranda, Velarde, Cavestany, Rueda, Shaw, etc.

LAS enseñanzas de D. Alberto Lista, la vitalidad de una tradición amortiguada por el ímpetu del romanticismo, pero nunca totalmente extinguida, y las influencias de la raza, del clima y de la sangre, fueron las causas generadoras de la eflorescencia poética que se desarrolló en las capitales de Andalucía al promediar el siglo presente, y que aún no ha agotado su fecundidad. La patria de Herrera y de Rioja resiste á la invasión del cosmopolitismo, y conserva en su literatura algo del carácter que la ha distinguido y la distingue perfectamente; algo indestructible y superior al vaivén de las teorías, á las vicisitudes de los tiempos y al pasajero y estéril convencionalismo.

No sólo oportuna, necesaria me parece esta obser-

vación si hemos de explicar las evidentes relaciones que guardan los últimos representantes de la poesía andaluza con sus más remotos antecesores, ya se restrinja la denominación, como hacen muchos, á la que se suele llamar *escuela sevillana*, ya se extienda á la que con accidental diversidad de matices se difunde por todo el Mediodía de España.

El exceso de lirismo, la gala y pulimento de la frase, la tendencia á lo grandioso y épico más bien que á las intimidades psicológicas, la opulencia descriptiva, el inmoderado afán de pindáricos arrebatamientos, que por lo común desfiguran el lenguaje al desfigurar la idea, éstos son los principales, no los únicos, toques que forman el cuadro de la poesía andaluza, reducida por esa causa á los límites del género lírico y del narrativo, pues no pasan de excepciones las contadísimas obras con que ha enriquecido nuestra escena.

Por la semejanza aparente y parcial que hay entre los caracteres de esa poesía y los que distinguieron á la romántica en sus albores, hubo quien las procurase hermanar mejorándolas con el consorcio. Pero ya fuese marcada preferencia en favor de la una ó de la otra, ya amor de patria ó instinto de arte, aflojéronse poco á poco los lazos, y campeó libre y sola la musa del divino Herrera en el suelo donde tuvo origen. A este propósito obedecieron, quizá sin reflexión, todos los poetas que á la ligera he de enumerar en este capítulo, y que coadyuvaron al logro de una empresa común con intenciones y éxito muy desemejantes.

Para unirles aquí me bastan, sobre la razón del método, cierta comunidad de origen, ciertos y generales signos enumerados arriba; pero excluiré del grupo á algunos poetas que parece debieran formarle, y que tendrán cabida en otro lugar más oportuno.

Comenzando por la escuela sevillana, que es donde se nota más conformidad y consecuencia en medio de ciertas desviaciones, viénesse al punto á la memoria el

nombre de Puente y Apezechea, que imitó á su maestro Lista en la misma época del romanticismo, y muchos años después tradujo en verso los dos primeros libros de la *Eneida* y algunos de la Escritura ¹, conformándose en esto último con la afición á la poesía sagrada, distintivo permanente de los discípulos de Herrera.

Entre ellos debe colocarse también al presbítero y profesor de Retórica D. Francisco Rodríguez Zapata (1813-1889), en cuyo canto *Débora* y *Barac*, á pesar de las caídas y desigualdades, lucen destellos de inspiración bíblica ².

Antes de 1839 escribían, medio abstraídos del movimiento general que impulsaba á las letras castellanas, el apreciable poeta D. Juan J. Bueno, y su amigo D. José Amador de los Ríos, el futuro y portentoso erudito á quien todos conocen ³. De Bueno son los

¹ *Los libros sapienciales, puestos en verso castellano por el Ilmo. Sr. D. Fermín de la Puente y Apezechea, con otras varias poesías del mismo.* Madrid, 1878.

² Sevilla, 1848. De más precio que el *Canto* son algunos sonetos religiosos del autor, señaladamente el que á continuación transcribo:

A DIOS

No hay más que tú: la tierra, el firmamento,
El sol que en anchos mares reverbera,
Son, como el hombre y la creación entera,
Ráfagas fugitivas de tu aliento.

De la nada se alzaron á tu acento
Mil mundos, publicando en su carrera
Que otros mil y otros mil formar pudiera
Una palabra tuya, un pensamiento.

Doquier contemplo tu insondable ciencia,
Velada en majestad y en amor puro,
Dando esperanzas al mortal proscrito,
Y me pasma que abrace tu existencia
Lo que fué, lo presente, lo futuro,
Y aun más allá... lo eterno, lo infinito.

En la cátedra de Rodríguez Zapata se educaron multitud de literatos y escritores como Bécquer, Campillo, Fabié, Peñaranda, etc.

³ *Colección de poesías escogidas de D. Juan José Bueno y D. José Amador de los Ríos.* Sevilla, 1839. Las más excelentes de Amador están recogidas en un volumen (Madrid, 1880), con extenso y bien escrito prólogo de D. Juan Valera.

cantos *A Sevilla* y *A la Paz*, de entonación solemne, y de tanto sabor á Quintana, como indican estos versos de la segunda composición:

¡No más lid, no más lid! Los que vencieron
En Huesca y en las Navas y el Salado,
Y ante sus pies postrado
En la hermosa Bailén al galo vieron,
Y cenizas sus águilas hicieron;
Los hijos de Rodrigo y de Pelayo,
De Alfonso y de Gonzalo, no nacieron
Para lanzarse el rayo
Y desunirse en fratricida guerra.
¡Patria y unión! y os temblará la tierra.

El autor de la *Historia crítica de la literatura española* reunió en su frente los laureles de Apolo con los de Minerva, la emoción sincera con el saber sólido y profundo; y sin apartarse en todo de la corriente herreriana, fué uno de los más conspicuos cultivadores del romanticismo histórico á la manera del Duque de Rivas, y adivinó en los despojos de la civilización de los siglos pasados, no sólo lo que descubre la ciencia escrutadora, sino lo que está reservado á las intuiciones de la Poesía. Estas dos fases de su capacidad intelectual se completan mutuamente, y son como el cuerpo y la clave de un mismo edificio. La erudición del arqueólogo eminente y del investigador sagaz dan lastre y relieve á las fantásticas concepciones del artista, que vivifica con la magia del relato las páginas de la inerte crónica, las cenizas de los héroes y el polvo de los derruidos monumentos.

El culto de la antigüedad inspiró á Amador sus más hermosos versos, los de las epístolas y romances, y hasta cierto punto los de algunas composiciones en fábula, como la que se intitula *A la creación del Teatro español*. Entre las epístolas sobresale la dirigida á don Jacobo María Parga *con motivo de un viaje que hizo éste á Salamanca*, lamentación melancólica en que pal-

pita el espíritu de Rodrigo Caro y en que los recuerdos de la Atenas española hacen exclamar al poeta:

.....
Si un tiempo de Colón el alto acento
Resonó en los dorados artesones,
Asombro de los sabios y portento,
Desiertos de tan ínclitos varones
Yacen los nobles pórticos, trocadas
En fúnebre silencio sus lecciones.
De sus preclaros timbres despojadas,
Las musas huyen del recinto ameno
Do se vieron de lauro coronadas.

.....
Los mármoles de egregias inscripciones
Cubre ignorante polvo, envilecidas
Sus glorias y sus fúlgidos blasones.
En las rabiosas manos sacudidas
Arde la destructora horrible tea,
Las fábricas del arte destruídas.
El rico alerce entre el escombro humea,
Y derrumbado el capitel famoso,
La torre de cien codos ya flaquea.
El humo crece, y crece el espantoso
Crujir, y la alta bóveda cayendo,
El suelo gime al golpe fragoroso.
Al bárbaro estallido y ronco estruendo
De las abiertas tumbas profanadas,
Un grito de dolor sale tremendo;
Y del obscuro centro levantadas,
Entre las turbias llamas resplandecen
De cien héroes las sombras veneradas.

Faltaba á Amador el dominio de la versificación, la habilidad técnica que sólo se adquiere con el ejercicio constante. Las asonancias, más fáciles de manejar que la rima perfecta, corren con desembarazo en los primorosos romances de la colección *La palabra del Rey*, *Abú Said en Sevilla*, *El Rey y la Iglesia* (los tres referentes á D. Pedro I de Castilla, retratado aquí como Monarca valeroso pero cruel), *La arrogancia francesa* (que habla del duelo frustrado entre Renato de Anjou

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1008-MONTERREY, MEXICO

y Alfonso V de Aragón) y la *Respuesta de Zayde al desafío de Tarfe*.

Las traducciones de los Salmos, en que Amador sigue el original hebreo, no desmerecen de las del mismo Fr. Luis de León y traen á la memoria la esplendidez oriental de Herrera.

Del celeberrimo novelista popular D. Manuel Fernández y González existen numerosas composiciones en verso ¹, no tan invariablemente ajustadas al neoclasicismo sevillano que no dejen traslucir su filiación romántica. El poema *La batalla de Lepanto*, escrito en octava rima, le acredita de poeta fácil y entonado, y lo mismo sus canciones y melopeas, de voluptuosidad árabe y ritmo tan dulce que pudiera prohijarlas Zorrilla ². Él fué, tanto por lo menos como Herrera, el prototipo á quien procuró imitar Fernández y González, y con tal fortuna que algunos críticos anteponen la colección de sus versos á la de sus novelas, sin exceptuar las mejores. Fantasía creadora y meridional, carácter trovadoresco y como formado para hacer revi-

¹ *Poesías varias*. Madrid, 1857.—*El infierno del amor*, leyenda árabe. Madrid, 1884.

² Léase el siguiente fragmento de romance, que es un dechado de dulzura onomatopéyica:

Entre celajes de fuego,
Tras el ocaso se pone
El sol, y su obscuro manto
Despliega la sombra informe.
El lucero de la tarde
En trémulos resplandores
Reverberando aparece,
Mensajero de la noche.
Se amengua la luz; el día
Va á alumbrar á otras regiones,
Y la tiniebla se extiende
Llenando los horizontes.
¡Bella lámpara de plata,
Que el firmamento recorres,
Brilla siempre entre la bruma,
Que te envuelve en sus vapores
Como transparente gasa
Que á velar se te descoge!

vir la imagen de las edades preteridas, condiciones para la descripción viva y romántica, todo eso denuncia á un gran poeta legendario, perdido quizá por la mala dirección que dió á su ingenio.

Las odas de alto vuelo, tan del gusto de los poetas sevillanos en todas épocas, se transforman en la novísima de que voy hablando merced al innegable influjo que en todas partes ha ejercido Quintana. Ya he citado algún ejemplo; mas ahora se nos ofrecerán tantos y tan elocuentes, que hacen de esta observación una crítica anticipada y común á todos.

La oda *A la guerra de España contra Marruecos*, por D. Tomás Reina y Reina ¹ en nada ó casi nada se distingue de las que inspiró aquel glorioso acontecimiento á una porción reducida de literatos que, como agrupados á la sombra de una bandera, colaboraban por entonces en una publicación justamente célebre.

Esta publicación, que contribuyó no poco á restaurar la antigua escuela herreriana, es la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes*, de Sevilla (1855-1860), que di-

Brilla siempre misteriosa
Mientras murmurando corre
El río, que á tus destellos
Reflejos de plata rompe,
Y en la sonante ribera,
Entre sus ondas veloces,
Espadañas acaricia
Y humildes plantas recoge!
Mas si mi hermosa aparece
A verte en sus miradores,
Entre las nubes ¡oh luna!
Tu pálida faz esconde.
Que donde brillan los ojos
De Noemi abrasadores,
Poco son, no tus reflejos,
Sino el fulgor de cien soles.

Fernández y González se vengó de sus detractores en sátiras improvisadas que, por lo agresivas y personales, no se publicaron, y que sólo viven en la memoria de los amigos íntimos del poeta.

¹ Léase en la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes* de Sevilla, año 1850, tomo VI, pág. 167 y siguientes.

rigieron D. Manuel Cañete y D. José Fernández-Espino. El amor á las opiniones templadas y el eclecticismo razonable puesto al servicio de la tradición artística que se pretendía favorecer, distinguieron siempre á la Revista y á sus redactores, constantes partidarios de los mismos principios en todas las obras que dieron á luz antes ó después de la mencionada fecha.

Fernández-Espino cultivó más la teoría que la práctica del arte; y si por el primer respecto merecen elogio su *Historia de la Literatura española*, y sus estudios críticos, en cambio las composiciones poéticas del modesto profesor no son muchas ni de mucha valía. Distingúense entre ellas la que consagró á la guerra de Africa por su libre y levantado vuelo, y por su delicadeza la dedicada *Al inspirado pintor Bartolomé Esteban Murillo* ¹.

Al hablar de D. Manuel Cañete, cuya reputación de crítico está muy por encima de la que goza como poeta, no querría que mis palabras se tradujesen por eco de maledicencias periodísticas impropias de una obra cuya primer condición debe ser la imparcialidad severa. No es culpa mía si resulta desfavorable al autor el juicio que espontáneamente hacen formar partos tan laboriosos, y en que tan difícil es ver el enlace de la exuberancia lírica con la sencillez y la corrección, como la oda *A Su Majestad la Reina Isabel II en recuerdo del 28 de Julio*, y las epístolas á Tamayo, á la Condesa de Velle, á D. Pedro de Egaña, etc., etc., en las que se adunan la intolerancia pedagógica, las repeticiones molestas y la falta de inspiración. No me atrevo á honrar con el nombre de clasicismo á la rigidez inerte, interrumpida por fugaces é intercadentes centelleos, que da el tono en la breve colección de *Poesías* publicada por el autor en 1859.

¹ Publicada en la misma Revista, tomo VI, pág. 690 y siguientes.

Con menos dificultad se lee la que consagró á *La paz de Cuba*, notable por la majestad del romance endecasílabo, y en la que, recordando á los insignes capitanes que arrebataron al Océano un mundo incógnito, se dirige á los indignos sucesores de aquellos héroes con esta valiente alusión:

Hablen los destrozados monumentos
Que frenéticos vándalos injurian,
Ardiendo en sed de inútiles horrores,
Fruto de la soberbia ó de la duda,
Y ellos dirán qué llama los enciende
Cuando la antorcha de la fe se oculta.

Pero la obra que sobrevivirá á Cañete, la única que le acredita de poeta, es su bellísima balada *El árbol seco*, piedra de fino oriente esmaltada por el sentimiento y la poesía, y que no desdice junto á los mejores *lieders* alemanes. Hasta la forma sencilla, aérea y delicada sienta aquí primorosamente, y sin que su naturalidad quede oscurecida por los decaimientos fatales, tan comunes en el autor.

Cuando él comenzaron á escribir en la ciudad de San Fernando dos versificadores poco conocidos, que malograron sus disposiciones aunque por diversas causas. El uno, después del triunfo dramático obtenido en la representación de *García el Calumniador*, obra de sus mocedades, se dedicó á la carrera eclesiástica, abandonando casi por completo sus antiguas aficiones. Sólo nos queda alguna que otra poesía religiosa ó de encargo entre las escritas por el Ilmo. Sr. D. Sebastián Herrero Espinosa de los Monteros, que tal es el nombre del aludido, compañero de Tassara y más tarde Obispo de Vitoria.

De su hermano D. Diego conservamos un poema, *El Diluvio*, publicado como póstumo en París el año 1853 ¹, y conforme en un todo con el carácter de la

¹ He visto, sin embargo, citada una edición de 1844 hecha en Sevilla.

escuela sevillana, de que el autor era fervoroso secuaz. De aquí brotan sus aciertos y extravíos; pues si en el corte de las obligadas octavas reales hay algo que elogiar, en cuanto al fondo no pasa de ser el poema un relato de humildes vuelos y escasa inventiva.

Mayor nombre que los Herrero alcanzaron los esposos Lamarque, autores de varios libros en verso, diferentemente apreciados.

El Sr. D. José Lamarque de Novoa ¹ ha cultivado con preferencia la oda majestuosa, imitando á Quintana quizá más que á ningún otro poeta; y, apláudase ó no el género, fuerza es convenir en que tiene para él alientos nada comunes. El vue o lírico, la riqueza de contrastes y armonía, la tersura y facilidad del verso, amenguan los lunares de sus composiciones líricas, entre las que merecen particular mención las intituladas *Al mar* y *A la Santísima Virgen María en Montserrat* ². La misma robustez que á las odas patrióticas de Quintana caracteriza á la presente, con más el grato perfume de los sentimientos religiosos. También ha hecho resonar el Sr. Lamarque en su lira la cuerda épico-legendaria, así en las imitaciones de Zorrilla como en las baladas (*El señor feudal*, *El hijo espurio*, etc.), que insertó el año 1869 una Revista literaria de la corte ³.

No soy el primero en señalar la semejanza que existe entre las aficiones poéticas de doña Antonia Díaz y Lamarque y las de su distinguido esposo ⁴. En el

¹ *Poesías*. Sevilla, 1867.

² Premiada por la Academia bibliográfico-mariana, de Lérida, el año 1864. Se publicó por primera vez en el *Certamen poético celebrado por la expresada Academia para solemnizar el segundo aniversario de su instalación*, etc. Lérida, 1864, págs. 151 y siguientes.

³ *El Museo Universal*.

⁴ *Poesías*. Sevilla, 1867. Hay otra colección más reciente con el título de *Flores marchitas*. En los diversos prólogos con que van encabezadas las *Poesías* de la señora Lamarque la juzgan, aunque con distintos criterios, el ya citado Fernández-Espino, Luis Vidart y Fernando de Gabriel.

mencionado certamen de Lérida, y en el mismo año de 1863, fué premiada la señora Lamarque por su rasgo poético *María en Montserrat*, escrito en sonoras octavas reales, aunque con la falta de inventiva que antes censuré en otro poema religioso. Bien es verdad que lo angosto del espacio no permitía á la autora explayar su ingenio; pero entonces hemos de rebajar un poco la categoría de la obra, reduciéndola á las condiciones de narración lírica. Este mismo juicio es aplicable al *Canto á Polonia*, á *La destrucción de Numancia* y *El triunfo de la santa Cruz en las Navas de Tolosa*, que en su valentía emulan alguna vez los alientos de la epopeya, pero no en su disposición y conjunto.

Los afectos religiosos y morales han guiado constantemente la musa de la respetable dama, dando ocasión para que alguien le aconsejase descender á la ardiente arena de la poesía filosófica; pero la señora Lamarque ha preferido con mucho acierto seguir el impulso de su vocación propia, y el ejemplo de la Avelleda y de Cecilia Böhl, antes que el de madama Ackerman y la autora de *Lelia*, de las que en todo caso la separaría el abismo que media entre la negación y la fe.

Varia, elegante y espléndida es la inspiración de don Narciso Campillo, que como ningún otro representó en la escuela sevillana el espíritu ecléctico y tolerante, tan apasionado de la poesía moderna como de la tradicional, con sus respectivos caracteres ¹. Su afición á Herrera no es mayor que la que profesa á Fr. Luis de León por un lado, y por otro á Zorrilla, Espronceda y el P. Arolas, recorriendo los tramos todos de una escala que comienza en el sensualismo erótico y concluye en la silenciosa y mística contemplación. Desde las leyes impuestas por el clasicismo riguroso hasta los atrevimientos de la musa romántica, todo anda aquí

¹ *Poesías*. Sevilla, 1858.—*Nuevas poesías*. Cádiz, 1867.

entremezclado, bien que el gusto del poeta imprime cierto sello de unidad en elementos tan variados que se transparenta en la disposición general, en la nitidez de las formas y en la modelación de la frase.

No me refiero al poeta de estos últimos años, acerbamente discutido en las gacetillas de los periódicos, sino al de las odas *A Murillo*, *A los españoles en 1859* y *A Dios*, al cantor modesto de la *melancolía*, *La playa de Sanlúcar*, las melodías *A Rosa* y *El ángel caído*, al intérprete fiel de V. Hugo y Lamartine, é imitador de Zorrilla y el Duque de Rivas en los romances *Sevilla por San Fernando*, *Valor y lealtad á un tiempo* y *El pescador*. Reconozco las desigualdades y los amagos de prosaísmo que existen en estas y otras poesías de las coleccionadas por Campillo en 1867; pero pueden entresacarse algunas, que no me detendré á clasificar en determinado género porque no necesitan de formalidad tan pueril para figurar dignamente entre las joyas del moderno clasicismo. Aludo á las dos composiciones *Al Invierno* y *Al Estío*, señaladamente la última, que, por la sobriedad de las palabras y por el naturalismo sano y viril, parece una esmerada traducción de las *Geórgicas*, y en la que se leen octavas como ésta:

Tiempo es ahora que el vellón de nieve
Rinda al pastor la cándida cordera,
Que el perezoso buey mugiendo lleve
La mies nutrida á la redonda era,
De donde esparza murmurando leve
La seca paja el aura más ligera,
Cuando con duro y resonante callo
Huella la espiga el volador caballo ¹.

Campillo ha incurrido en el mal gusto de renunciar á sus antiguos laureles desde que perdió, con la

¹ Debo advertir, en honor de la verdad, que los dos últimos versos se parecen demasiado, de fijo sin pretenderlo su autor, á otros dos con que finaliza una octava de *Las naves de Cortés*, poema de Moratín el padre.

virginidad de sus creencias y sentimientos, la de aquella ingenua inspiración, cuyos vestigios en vano se buscarán en la oda *Al siglo XIX*, ó en los versos sueltos de *La impresión de un libro*, que indebidamente pone el autor sobre sus *Nuevas poesías*.

Con la inexperiencia propia de los años juveniles tuvo D. Juan Justiniano y Arribas el arrojo de componer un poema épico sobre *Roger de Flor*, escogiendo por guía al cantor inmortal de *La Jerusalén liberada* ¹. Justiniano abrevió con prudente acuerdo las hazañas de su héroe, haciéndolas converger á la toma y defensa de la plaza de Nicea, y aun así resulta monótona y cansada la narración, cuyo mérito se reduce al de los episodios. Forman uno muy interesante las aventuras de María, esposa de Roger, en busca del cual se expone á los peligros de un viaje marítimo, siendo salvada de ellos por milagrosa intervención de Dios, y conducida á una cueva, y más tarde al palacio donde está el harén de Almanzor, para encontrarse al fin incólume y feliz en los brazos de su amante, compartiendo con él los triunfos y la muerte. Es también muy hermosa la figura de Zayra, hija del sarraceno Ormando, y que, según el pronóstico de una maga, rinde el postrer suspiro sobre la tumba de su amado Jamet. Las invenciones de la fantasía que embellecen el poema son á menudo contrarias á los datos históricos, y así, por ejemplo, en las dos primeras ediciones de la obra, Roger no perece asesinado, sino arrojándose voluntariamente á las llamas ². Incurrir además el autor en otros innumerables defectos de fondo y forma, como son el parecido mutuo de varios personajes, la abun-

¹ *Roger de Flor. Poema dedicado á S. M. la Reina Doña Isabel II por D. Juan Justiniano y Arribas, Socio preeminente de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, Capitán de caballería, etc...* Sevilla, 1858. Hay una edición anterior (Zaragoza, 1854) y otra posterior (Madrid, 1865).

² Este defecto desapareció en la impresión de 1865.

dancia de arengas inútiles, la abusiva intervención de las alegorías, el empleo constante de la octava real, la prosaica factura de muchos versos, y, por contraste, la ampulosidad, el lirismo y la hipérbole, llevados hasta los últimos límites.

Siguiendo los principios que en su *Roger de Flor* ha compuesto Justiniano un poema sobre *Hernán-Cortés*, del que leyó, años ha, un fragmento en el Ateneo de Madrid.

En sus composiciones sueltas ¹ distínguese Justiniano por el armonioso corte del período poético, y por lo varonil y levantado de la inspiración, cualidades que en él denuncian el estudio constante de los autores modernos, tanto acaso como de los antiguos.

El difunto presidente de la Academia de Buenas Letras de Sevilla, Fernando de Gabriel, publicó un volumen de poesías ² muy medianas, más de una vez impresas. La elegía al modo del clasicismo antiguo, la oda religiosa y los versos de circunstancias, son los principales componentes de la mencionada colección, afeada por viciosos prosaísmos, siempre censurables, é inesperados en un discípulo de Herrera. Figurando, como figuran, en primer término, no andan libres de ese achaque *La espada y la lira*, *A la inauguración de la estatua de Murillo*, *A Cervantes en Lepanto* y *A la Purísima Concepción*. Ideas y arte pertenecían en Fernando de Gabriel á otros tiempos muy apartados de los que corren, por lo cual, sin enumerar otras causas, no encontraron eco en la bulliciosa multitud esas notas íntimas y sosegadas. Manejó más diestramente la epístola que la oda, la décima que el soneto, alcanzando muy rara vez la

¹ *Poesías*. Sevilla, 1862.

² Sevilla, 1865.—Segunda edic., Madrid, 1883. Juzgadas por Latour en su obra *Espagne. Traditions, mœurs et littérature*, y con más prolijidad que fortuna en un artículo reciente de la *Revista Contemporánea*.

efusión ardorosa de los grandes líricos, reñida con su habitual temperamento literario.

El presbítero Herrera y Robles es uno de los más caracterizados representantes de la dirección religiosa en la escuela poética de Sevilla ¹, é igualmente sigue al cantor de Heliódora que al de *La profecía del Tajo*. No se busque en él la errática originalidad de los ingenios independientes, hijos de sí propios y de sus obras, porque huye como por instinto de esas regiones inexploradas, donde son tan fáciles los extravíos y tan á pocos reservado el acierto. Muévase en cambio con holgura en el círculo más estrecho de la imitación, contentándose modestamente con revestir de nuevas formas las ideas que podíamos llamar de dominio común. Ese meticuloso horror á las novedades, que de suyo obedece á un buen instinto, ha engendrado á la larga entre algunos ingenios sevillanos un espíritu de sistema mal avenido con la libertad del arte, y del que, si hay honrosas excepciones enumeradas y ena tecidas anteriormente, no faltan tampoco ejemplos tan conspicuos como el que ahora se ofrece á nuestra consideración.

Y es más deplorable por las mismas condiciones de poeta que reúne el autor, y de que son prueba ostensible sus odas *A Nuestra Señora de la Antigua* y *A la Inmaculada Concepción*, aunque no siempre la frase pulimentada basta á encubrir en ellas la inanidad oculta del fondo ².

Casi no debiera incluir en este grupo á una poetisa en quien puede más la fuerza del ingenio propio que la imitación; pero si es verdad que en Mercedes de Velilla rebosan la ternura y el apasionamiento femenino, infrecuentes en la escuela sevillana, y que no busca

¹ *Poesías del Ldo. D. Luis Herrera y Robles, Presbítero*. Sevilla, 1872.

² Actualmente trabaja el Sr. Herrera y Robles una versión muy notable, en verso suelto, de la *Eneida* de Virgilio, continuando la que nos dejó del primer libro Ventura de la Vega.